

fuerzos! No obstante, al cabo de algunos años, á fuerza de trabajo pudo cosechar maíz, cerca de la Concepcion; practicó tambien un camino para llegar á Santa Rosalía, lugar mas favorable para hacerse de provisiones; en este lugar erigió una iglesia y levantó una casa. Dios bendijo su perseverancia. A pesar de sus enfermedades y continua debilidad el padre fundó una mision en un radio de mas de treinta leguas á través de las rocas y montañas. De cuarenta diversas tribus, todas nómadas, que habia allí, logró instruir y civilizar á treinta y tres y administró el bautismo á cerca de 2,000 indígenas. En una palabra, mediante su solicitud, aquellos salvajes formaron muy pronto una de las mas bellas y numerosas misiones que se vieron en el país.

Si el lector se sorprende de estos prodigios, una sola palabra basta para que lo comprenda todo: dilexit, amó.

El padre Ugarte pensaba siempre en sus proyectos de descubrimientos geográficos. Ninguno habia reconocido aun las dos costas y no se sabia á punto fijo, á pesar de los asertos del padre Knio, si la California estaba contigua á la Nueva España. Diversos planes y empresas agitaban á la sazón aquella alma ardiente; mas para ponerlos en planta era necesario contar con una embarcacion bien provista y acondicionada, y el "san Javier," lo mismo que el navío cedido por el virey, no servian para reconocimientos tan peligrosos. El padre Ugarte resolvió construir por sí mismo un buque. Para

esto era preciso, lo mismo que para la construccion de las capillas, hacer venir la madera de la costa opuesta. Los indígenas dieron noticia al padre de que á setenta leguas de allí podria encontrar maderas de monte. El intrépido misionero se puso en marcha para certificarse de la verdad, en compañía del padre Sistiaga, el conductor, dos soldados y algunos guias indígenas.

## CAPITULO XIX.

### TRABAJOS DE LOS MISIONEROS.

El lector habrá comprendido ya lo que es una excursion sobre esa tierra tormentosa formada de montañas inmensas y de precipicios sin fondo. La pequeña caravana venció con felicidad aquellos obstáculos. A treinta leguas de Mulege se encuentra un bosque de guarivos, pero era necesario descender al fondo de los precipicios para hacerse de ellos y trasportarlos en seguida al mar. El constructor declaró que esto era imposible. El padre se volvió silenciosamente y tomó el rumbo de Loreto, allí fué objeto de las murmuraciones de la gente, pues la empresa habia sido considerada siempre como extravagante é inasequible. Mas el padre no se desanimó sino que volvió á buscar sus queridos guarivos, y mientras que una parte de

los salvajes cortaba los árboles otros se empleaban en abrir un camino de 30 leguas hasta Santa Rosalía de Mulege, aprovechando el padre esta ocasion para instruir á aquellos pobres montañeses. Amphiones cristianos, los misioneros tenian tambien una lira maravillosa, á cuyos conciertos hacian edificar y fundar. Su lira era la cruz, sus cantos eran la palabra de Dios que hacia dulce y fácil el trabajo, era la fe que hacia traspasar las rocas y arrancaba los encinos, los pulia y formaba bancos, mástiles, navíos. De este modo fué construido el mas bello, el mas fuerte y mejor navío que hasta entonces se vió en aquellas costas. Los carpinteros americanos no se cansaban de admirarlo y se sorprendian del poco tiempo y dinero que habia costado. Fué botado al agua en el mes de Setiembre de 1719, y se le llamó con razon "Triunfo de la Cruz."

Dos nuevas misiones fueron fundadas en el Norte y Mediodía de Loreto, en 1720, con el fin de asegurar la conquista y los progresos del cristianismo, la primera á 80 leguas de Loreto, en la bahía de la Paz (1) entre los guaycuros, pueblo temible por sus incesantes provocaciones. Pocos años antes les habia hecho una visita el padre Salvatierra aunque sin fruto. La expedicion por tierra fué confiada á Clemente Guillen, misionero de san Juan Bautista. Ugarte dirigió la expedicion maritima: se embarcó

1 Hoy la Paz es uno de los puertos mas ricos y comerciantes de la California.

por la primera vez en el "Triunfo de la Cruz" con el hermano Bravo. Arribados felizmente á la Paz, se hizo el desembarque con todas las precauciones necesarias pues era de temer una resistencia armada de parte de los guaycuros. Los misioneros se sorprendieron, pues, agradablemente, al ver la actitud pacífica de aquellos, quienes al distinguir á los padres, acompañados de un intérprete indígena, se prosternaron, lo cual es entre ellos una señal de paz y amistad. Supieron con gozo que los padres venian á reconciliarlos con los habitantes de las islas de san José y del Espíritu Santo que habian sacrificado inhumanamente á muchos de los suyos. Bien pronto acudieron muchos indígenas de las tribus mas distantes, alentados por lo que les referian tres prisioneros, dejados por el padre Salvatierra, acerca de la caridad y celo paternal de los misioneros.

El padre Ugarte se hizo respetar y amar de los salvajes, que le ayudaban en la construccion de chozas; pudo, en fin, edificarse una iglesia y regularizar una aldea con gran satisfaccion de aquellos terribles guaycuros. Pero, ¡ah! no se recibia noticia ninguna de la expedicion del padre Guillen y sus compañeros. Grande inquietud se habia apoderado de sus hermanos cristianos, y era que se ignoraba que los viajeros se habian visto obligados á recorrer mas de cien leguas antes de llegar á vista de la bahía. Así fué que luego que apareció la balandra que los conducia, fué saludada con una descarga de mosquetería y se acercaron varias embarcacio-

nes para remolcarla, sin oposicion alguna de los guaycuros.

El padre Ugarte negoció la paz entre esta tribu y los insulares, que atraídos por su bondad irresistible le rogaron que los libertase del yugo odioso de sus vecinos. El padre se dirigió al punto hácia Loreto, dejando al hermano Bravo para velar con algunos soldados por la seguridad de sus neófitos. Fué desplegado el mismo celo, la misma actividad, la misma abnegacion. Así, no tardó en erigirse una iglesia, un presbiterio y algunas chozas. Bautizó á mas de seiscientos niños y adultos, reuniéndolos en las tres poblaciones de Nuestra Señora del Pilar, la Paz de todos Santos y el Angel de la Guarda. Al mismo tiempo que exhortaba eficazmente á los salvajes á conservar la paz con sus vecinos descubria á 20 leguas de la Paz un terreno apropósito para el cultivo del maíz.

En tanto que el padre Ugarte en el fondo de las montañas hacia derribar los árboles para construir su balandra, inspiraba á los cochimies un afecto é inclinacion tales por el cristianismo que le enviaron repetidas veces mensajeros suplicándole volviese á verles; cedió, pues, y se dirigió á ellos acompañado del padre Everardo Hellen (1). Los indígenas acudieron á su encuentro en masa, y gracias al celoso concurso del capitán y los soldados pronto se levantó una iglesia dedicada á Nuestra Señora de Gua-

1 Joven misionero enviado á California en 1719.

dalupe, y en derredor de esta cabañas para los indígenas.

Los enfermos y los ancianos de las tribus mas distantes llamaban á los misioneros á su lecho de muerte. La víspera de pascua, el año 1721, el padre Hellen tuvo el consuelo de bautizar un gran número de adultos. El apego de estos salvajes á sus prácticas supersticiosas, y, sobre todo, á los prestigios de sus mágicos que veian con pesar escapárseles su influjo, oponian grandes obstáculos á estas conversiones.

Las pruebas se multiplicaban á proporcion del ardor de aquellos santos jesuitas. La langosta invadió la California, y con especialidad la nueva mision de Guadalupe, en número prodigioso, tanto, que el sol se oscureció. A esta plaga se siguió otra; la poblacion fué víctima de una terrible disenteria epidémica. Mas el celo religioso triunfó precisamente en medio de estas calamidades. El padre Hellen se sintió capaz de afrontar todos estos obstáculos; se mantuvo firme, y, segun la expresion del mártir de Antioquía, como el yunque sobre el que se redoblan los golpes. Tenia que velar por todas las tribus á la vez, que procurar el alimento para los sanos, y asistir y preservar á los que estaban próximos á sucumbir por la fatiga ó el desaliento; tenia que confesar y administrar á los moribundos, y para todo esto era preciso acudir al mismo tiempo á las montañas y al valle, al lecho de los moribundos y al taller de los obreros. El padre Everardo lo ensayó primero con éxito admirable; pero Dios no

permite que la debilidad humana obre prodigios por mucho tiempo. El padre Hellen cedió por fin bajo el peso de la carga, y cayó gravemente enfermo. Fué preciso que se le volviera á Loreto en donde su salud se restableció un poco.

Convaleciente aun, se presentó de nuevo en su querida mision; fué recibido como un padre, como un salvador, en medio de filiales aclamaciones. Las conversiones fueron mas numerosas que nunca; se formaron poblaciones como por encanto, y todos acudian á filiarse en la mision de Guadalupe. Treinta y dos comunidades existian cuando llegó el visitador Juan de Guadulén. Estas comunidades, esparcidas en las montañas, fueron divididas en cinco pueblos con su capilla cada uno.

El padre Hellen habia vuelto á sus trabajos apostólicos que no interrumpia sino para dedicarse al laboreo de las tierras, pero esta incesante fatiga le hizo recaer en un desfallecimiento mas grave que el primero. Adicto de todo su corazon á aquel suelo bendecido y fecundado con sus sudores, pedia como un favor morir en él; á semejanza del Divino Maestro, ponía su delicia en estar en medio de sus hijos.

El padre Ugarte fué mas afortunado, si bien tuvo igualmente que pasar por fatigas y peligros. En Santa Rosalía se ocupó, junto con el padre Sebastian Sistiaga, en trazar un plano de las costas de California hasta cerca de las islas Salsipuedes; atravesaron después el golfo arribando al puerto de Santa Sabina y la bahía de

san Juan Bautista, muy cercana á las expresadas islas. Sobre el bauprés del navío brillaba la cruz de redencion, y los salvajes, á quienes el padre Salvatierra se las habia ya dado á conocer tiempo atrás, se llenaban de regocijo á su vista. Muchos de ellos se arrojaban á nado á fin de llegar mas pronto á encontrar esta arca de bendicion; tomaban, por decirlo así, la balandra por asalto, y besando las manos y las rodillas de los dos padres, les rogaban encarecidamente que bajasen á tierra y los visitasen, implorando la misma gracia para sus vecinos y aliados.

Cuando el gran patriarca san Juan Crisóstomo, al volver del destierro apareció en las aguas del Bósforo, se cubrió repentinamente el estrecho de bajeles empavesados. La proa y la popa brillaban con los muchos cirios que la multitud, embriagada de gozo, llevaba en señal de fiesta, y las ondas se agitaban al eco de los himnos y de los cánticos. En el humilde rincon de la tierra de que hablamos, no era un personaje tan célebre ni playas tan famosas en la historia, pero habia semejanza en cuanto á los corazones; era un padre que volvia en medio de sus hijos; era un pueblo trasportado de alegría á la vista de ese padre á quien creia no volver á ver.

Empero, la aproximacion á tierra era peligrosa; la balandra, en un canal lleno de sinuosidades, daba muchas veces contra ellas y estuvo á punto de perecer; al fin pudo ganar la entrada.

Desde la espaciosa bahía en que hicieron al

to, vieron de repente sobre la playa una multitud de hombres con grandes penachos de plumas de ave y armados de arcos y flechas prorrumpiendo en agudos gritos á vista de la embarcacion. Los indigenas que el padre llevaba consigo, se arrojaron inmediatamente al agua, con el fin de adelantarse á tranquilizarlos. Los salvajes manifestaron entonces el deseo de ver aquellos hombres de quienes se les habian referido tantas maravillas. Por desgracia el padre Ugarte fué repentinamente atacado de violentos dolores y esto le impidió saltar á tierra. Los indigenas, que no lo veian entre los demás, construyeron á toda prisa una balsa, y el padre, á pesar de sus atroces sufrimientos, se dejó llevar de la chalupa á un alojamiento formado de ramajes. Todos los sencillos salvajes entraban por una parte y salian por la opuesta. Al pasar delante del padre que estaba postrado en su lecho, cada uno de los indigenas se inclinaba, y el padre, llorando de ternura, le daba su bendicion. Preciado á continuar su marcha, el padre Ugarte recomendó que se buscara en la mision de Pópulo un catequista. Llegado á la embocadura del rio de Caborca destacó dos marineros enviándoles de su parte á la Concepcion de Caborca con el fin de pedir provisiones al padre Luis Gallardo; este último se apresuró á reunirlos, y se dirigió á la costa en donde el padre Ugarte aguardaba el regreso de sus enviados. En aquel punto se exacerbaron sus males á tal extremo que se vió precisado á estar siempre de rodillas, única postura que podia sopor-

tar: dos veces se embarcó, y otras tantas fué necesario volver á la isla.

A la sazón que el buen padre se encontraba abrumado por sus enfermedades, se le anunció la llegada de un misionero de san Ignacio.

Trasportado entonces de su celo heroico, y reanimado como por encanto, se levantó y atravesó legua y media para ir al encuentro del misionero, y, ¡cosa admirable! se sintió aliviado.

Pero ¡ah! no obstante esto, el buen padre no habia llegado al término de sus pruebas; las provisiones iban escaseando, el agua dulce faltaba, el mar estaba tan agitado que una ola bastó para dismantelar la balandra, sumergiendo el bauprés, y para colmo de penas la cruz que estaba colocada en lo alto desapareció tambien bajo las aguas.

No se podia permanecer mas tiempo en aquella estacion peligrosa, y á lo largo de estériles costas la embarcacion no estaba segura ni en alta mar ni en la rada; se desplegaron, por lo mismo, velas en direccion al litoral de la California, fondeando á la entrada de un puerto; mas luego que se dejó ver de tierra, los indigenas, atemorizados, se lanzaron armados á la ribera y trazaron una línea sobre la arena amenazando con la muerte á cualquiera que la traspasase.

Se logró, no obstante, calmarlos; se abordó pues, y los salvajes, tan hostiles pocos momentos antes, acompañaron á los misioneros de tribu en tribu. Por todas partes fueron recibidos de una manera franca y con filial cordialidad.

Después de nuevos peligros y de recibir grandes muestras de adhesion de parte de los indígenas, se levantó el ancla el 16 de Julio de 1721 para regresar a California. Repetiriamos lo dicho si tratásemos de narrar todos los riesgos á que se vieron expuestos en la travesía; tempestades, naufragios; todo puede resumirse en las palabras siguientes de san Pablo: "Siempre peregrinando, expuesto en las aguas, expuesto en tierra, perseguido por los de mi nacion, odiado por los paganos, en peligro en las ciudades, no menos en los desiertos, en peligro, en fin, entre los falsos hermanos."

No obstante, en los momentos mas criticos todos se reanimaban al ver que la cruz colocada en lo alto del palo mayor no cesaba de ser iluminada por el fuego de san Telmo, que revoloteaba á su derredor como un haz luminoso.

La tercera tentativa parecia ofrecer mejores probabilidades de buen éxito á pesar de las innumerables dificultades que se presentaban; mas la tripulacion fué acometida de escorbuto, y el padre Ugarte, enfermo ya, fué tambien atacado. Precisados á refugiarse en una de las islas de aquellos parajes sobrevino una tempestad que, destruyendo el portezuelo en que estaba amarrada la balandra, la echó á pique. Al cabo de cuatro dias el padre resolvió embarcarse en la chalupa y pasar á la costa de los sérís para dirigirse en seguida por tierra á Guaymas. Esta resolucion entristeció á todos, y el misionero, enternecido por estas demostraciones de adhesion, prometió quedarse aun con peligro de

su vida. Por fin mejoró algun tanto el estado sanitario, y la balandra pudo hacerse á la vela favorecida por un viento favorable, encontrándose el 18 de Agosto mas allá de la tercera corriente de Salsipuedes, casi á la vista de la California.

No es fácil imaginarse el gozo que recibirian aquellos pobres náufragos cuando vieron aparecer en la mañana de un domingo un triple arco iris cuyas extremidades se apoyaban sobre las riberas mismas de la deseada isla. Pero los peligros no habian cesado aun; al entrar en la bahia de la Concepcion se oscureció profundamente la atmósfera; terribles descargas que se sucedian sin intermision, torrentes de lluvia y grande inquietud en las aguas que se elevaban en masas inmensas, semejantes á grandes montañas, eran los precursores de una manga que se adelantaba amenazante como Adamastor el gigante de Camoëns, y parecia querer tragarlos. El mismo Ugarte confesó que jamás en su vida de peligros habia visto cosa semejante; al fin, por un señalado favor de la Providencia, el viento cambió instantáneamente de direccion y la terrible manga se precipitó sobre las altas cumbres de la California; la balandra vogó tranquilamente y arribó á la Concepcion en los primeros dias de Setiembre. En este punto recibieron las provisiones que les enviaba el padre Sistiaga y sus indígenas de Mulege. Con este auxilio pudieron restablecerse por completo los convalecientes y volver á la vida los enfermos. Entonces pudo gozarse de los descubri-

mientos hechos á costa de tantos y tan graves peligros; no faltaban puntos muy á propósito para que los buques hiciesen aguada y se abrigasen, ventaja inestimable en aquella costa de la Nueva España, tan árida, tan escarpada y arenosa. El padre Ugarte emprendió un largo viaje y pudo ver que los cochimíes, habitantes de aquella costa, eran mejores y mas numerosos que los habitantes de la costa opuesta. Estos últimos (los séris y los tépocas) permanecían indiferentes á las angustias y escases de las tripulaciones, y mientras que los otros trabajaban activamente ellos lo presenciaban todo perezosamente echados en el suelo; así se portaron durante 40 años que permanecieron allí los misioneros. Los californios del Norte, por el contrario, acudían á los misioneros apresurándose á ofrecerles algunos presentes (1) y á ayudarles en sus trabajos.

Este último viaje del padre Ugarte dió á conocer con toda certeza que la California es una península separada de la Pimeria por solo el rio Colorado. Era indispensable procurar abrigo a los buques, fundar una colonia, establecer una guarnición en alguno de los puertos del mar del Sur; era, pues, necesario extender las misiones

1 Estos presentes consistían principalmente en vasijas de barro, que no se encontraban en otros puntos de la California. Los californios, dice entre otros el capitán Wood Roger, son excesivamente perezosos y no conocen el uso del barro para la alfarería.

hacia ese puerto y reducir á los habitantes de ambas orillas del golfo.

En la misma época el padre Tamaral reconoció una gran parte de la costa septentrional, recorriéndola desde la misión de la Concepción hasta el cabo de san Lucas en busca de puerto favorable que no encontró al fin; entre tanto, el padre Ugarte disponía los preparativos de una nueva expedición hacia la costa meridional (1). Recogieron en Guadalupe á los padres Sistia-ga y Everardo Hellen el 7 de Noviembre de 1721, caminaron por la costa hasta mas allá de los 20° de latitud y se vieron recompensados de sus muchas fatigas y sufrimientos con el descubrimiento de tres puertos con excelentes aguadas rodeadas de bosques.

De vuelta á Loreto el padre Ugarte redactó un diario del viaje á que añadió el del piloto Strafort y la carta que levantó; el padre Sistia-ga escribió también la relación de sus descubrimientos, y envió los planos de los tres puertos que encontró. ¿Llegaron estos documentos á manos del rey de España? no se sabe. Ninguna orden llegó de Madrid; mas no por esto se enfrió el celo de los misioneros, quienes lograron al fin hacer comprender á los españoles que su interés exigía que redujesen á las tribus del Mediodía, guaycuros, uchities, coras, y los insulares. A solo el cristianismo correspondía reconciliar entre sí aquellos pueblos divididos

1 Se componía del capitán de la guarnición y de un destacamento de soldados.

y extirpar sus monstruosos vicios. Un antiguo filósofo, Thrascas, creyó decir una cosa bella y sentenciosa cuando dijo: "El que odia el vicio, odia á los hombres." Y en efecto, humanamente hablando, ¿cómo puede amarse á aquel á quien se ve entregado al desórden y cubierto con la gangrena del mal? Se le abandona, se le rechaza, se alejan todos de él con horror ó con disgusto. Pero bajo el imperio de nuestra ley de amor, el vicio es la desgracia mas grande; pues bien, mientras mas desgraciado es el hombre mas debemos amarle y socorrerle. Los que se preciaban de honrados entre los paganos, no conocieron absolutamente la indulgencia para con los extraviados; tenian la conciencia de su impotencia; ningun poder, ninguna autoridad, ninguna mision regeneradora. Privados de fe y de esperanza, ¿cómo podrian tener la caridad? Los desgraciados no eran, pues, sus hermanos. Toda su virtud consistia en no envidiar á los dichosos y en no compadecer á los desgraciados.

Solo el cristianismo era capaz de consolidar las conquistas en aquel país. Los uchities y los coras mantenian luchas interminables que producian continuos actos de violencia y pillaje. El dulce celo del padre Ugarte tendria poder bastante para restablecer la paz. Era preciso someter las tribus, lo cual se consiguió por medio de nuevas misiones, debiéndose este beneficio al marqués de Villa-Puente. El padre Guillen trasladó su mision á la villa de la Visitacion, y echó los cimientos de una iglesia y

de una aldea en la costa, á 60 leguas de Loreto, dedicando la mision á nuestra Señora de los Dolores del Sur.

Hacia ya 30 años que el padre Guillen ejercia las funciones de misionero en la California, adonde arribó desde 1714, en la época del naufragio en que pereció el padre Guisti. Seria muy largo describir todos los trabajos que el padre arrojó con admirable perseverancia en medio de un país el mas estéril de la California; y no obstante, gracias á su inteligente actividad ningun establecimiento fué tan ventajoso para la madre patria. Obligado á dar cuenta de su mision en 1744, lo hizo en términos de la mas humilde reserva, pero al mismo tiempo con un talento y una profundidad de juicio que no se admiran bastante.

La mision de los Dolores del Sur fué trasladada después al canton llamado Tanuetia, á 10 leguas del golfo y á 25 del mar del Sur. El padre buscó entre los bosques, las grutas y las montañas á las familias; las reunió y formó seis aldeas ó pueblos que llamó Nuestra Señora de los Dolores, la Concepcion de Nuestra Señora, la Trinidad, la Redencion y la Natividad de Nuestro Señor. Un mexicano, el conde de Santiago, hizo donacion de los fondos para una segunda mision, que comprende tres poblaciones de indígenas convertidos por el padre Guillen. De órden suya, en 1735, un misionero catequizó y convirió á los salvajes de la costa meridional, desde san Javier hasta la nacion de los coras. El padre Guillen hizo entrar en la



Iglesia á todas las tribus que ocupaban la península, de una á otra costa, que abrazaba un espacio de 40 leguas de extension. Tan grande fué su ascendiente, que en la época desastrosa de los levantamientos del Mediodía, á pesar de la desesperacion y extremidades á que se veian reducidos por la miseria y las ardientes sugerencias de los pericues y de los coras, los indígenas mostraron una fidelidad á toda prueba y ofrecieron asilo á los padres y á los neófitos de la mision de Nuestra Señora de los Dolores.

Para ejercer este ascendiente, sin el cual no hay conquista espiritual, es necesario ante todo agradar; el papa san Gregorio el Grande ha dicho: "El pastor debe desear agradar á los hombres, no por interés de sí mismo, sino para hacerles amar mas fácilmente la verdad." La amenidad, el dulce atractivo en las conversaciones, una sabia condescendencia para con los débiles, forman, necesario es confesarlo, el espíritu de la Compañía de Jesús, carácter que para algunos mundanos, ó para gentes preocupadas, es un motivo de crítica ó por lo menos de extrañeza.

## CAPITULO XX.

### CONTINUACION.

La embarcacion llegó felizmente á la Paz, conduciendo al padre Nápoli acompañado del capitán D. Estéban Rodriguez y de cuatro soldados. Apenas vieron al misionero cuando los indígenas le rodearon, y besaban á porña las manos y rodillas; en seguida le condujeron en procesion á la Iglesia, en donde el padre Jaime Bravo le recibió con muestras de fraternal afecto. De allí pasaron el capitán y los soldados á la bahía de las Palmas, invitando á los indígenas para que fuesen á la mision; mas estos huían, internándose, y dejaban desiertos sus aduares: ¡triste presagio! El padre Nápoli, desalentado por esta retirada é inquieto por la tardanza de las chalupas, sufrió otro contratiempo cayendo de su mula tan violentamente, que se le creyó muerto.

Recobrado al fin el padre, se paseaba una tarde cerca de su tienda con el objeto de examinar la costa; de improviso se le presentó un hombre, especie de gigante, con el cuerpo rayado de rojo y negro, un tosco lienzo á las espaldas, un cinturon formado de tiras de piel terminadas en patas de animales salvajes, llevaba